

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hará cosa de dos lustros, en las fiestas del Carnaval de Madrid, ganó el premio una carroza muy grande, que representaba una *trainera*, o lancha de pesca de las costas de Galicia, e iba tripulada por señoritas aristocráticas, vestidas con el traje regional, el dengue de grana, el negro mantelo rígido, la tradicional cofia, de encaje, y en la mano, el pandero que las aldeanas repican en las deshojas y bailes de las eras, a la luz de la luna. En la proa de la barca, y entonando, al son de la gaita y el tamboril, cantos melancólicos o regocijados, se agrupaba el célebre coro de Pontevedra, compuesto de señoritos, abogados, médicos, entre los cuales figuraba un hijo de Montero Ríos, y algunas otras personalidades de la colonia gallega. Todos vestían igualmente el atavío clásico: *chaleque* de gayos tonos, calzones y chaquetas de rizo o paño, monteras picudas, camisas de lienzo padronés plegadas menudamente. Y la carroza, a decir verdad, no tenía aspecto de cosa de Carnestolendas, sino más bien de una de esas lanchas que por las rías abajo se dirigen a romería o santuario famoso, en día de fiesta patronal; en suma, remedaba la verdad, y se impregnaba de la poesía del terruño. Y la multitud seguía a la carroza, la aclamaba, la vitoreaba. Era un camino triunfal.

Del organizador de aquel coro, Perfecto Feijóo, quiero decir algo, no sólo porque se apresta, según creo, a dejarse oír en Barcelona, sino porque es, en mi concepto, una de las naturalezas más artísticas y uno de los casos más dignos de estudio que en la vida he conocido. Tiene Feijóo dos personalidades, casi tan en lucha como los dos Tartarines, que estudió con gracia Alfonso Daudet. El primer Feijóo es un burgués de Pontevedra, un boticario con muchísima parroquia, que vende cuantas drogas quiere, y pudiera hacerse rico y darse la vida más regalada del mundo, sin otra molestia que despachar recetas, entre chupada y chupada a un buen cigarro, y plática con el loro tan famoso y con los amigos que invaden el establecimiento, a la vez casino, mentidero y agencia de contratación de la ciudad, donde cuanto se haga, diga y piense ha de pasar por el tamiz de la botica. Pero, ¡ah!, el segundo Feijóo es un poeta bohemio, a quien ha picado en el corazón la abeja de oro, a quien ha embrujado la Quimera—y al través de disgustos y berrinches, derrochando el dinero, el tiempo, la paciencia, realizando inverosímiles viajes, Feijóo va tras el ensueño, ya en gran parte realizado, con trazas humorísticas de chiquillo que quiere hurtar una golosina—, pero prestando, entre bromas y veras, incalculable servicio al arte, a la ciencia, a la historia, a la tradición, a su tierra y al Folk-lore en general. Porque la obra de Feijóo ha consistido en recoger, uno por uno, las tonadas y los versos que se cantan en las cuatro provincias. Este tesoro, gracias a Feijóo, no perecerá.

Si tanto se estima la labor de Böhl de Faber, al coleccionar los cantares y romances andaluces, no podemos regatear a «D. Perfecto» la admiración y la simpatía. Para llevar a cima la empresa, D. Perfecto, al lado de su profesión oficial, tiene otra: la de gaitero. Gaitero al modo «de antes», con la gaita arcaica, igual a las viejas gaitas de hace siglos, de maderas bruñidas y finas, de roncón quejumbroso, de adornos e incrustaciones de marfil, de flecos de seda carmesí copiosos, derramados en cascada. Porque todo degenera, y la gaita igualmente... Los instrumentos actuales no son los venerables de los abuelos, como los bailes populares van desechándose, y a las cantigas reemplaza un vil estribillo de zarzuela. Para recoger e interpretar las melodías del pasado, Feijóo necesitaba la gaita de entonces, y la descubrió, y la manejó, con sencillez de fauno flautista. Mientras sus amigos le llamábamos, en son de elogio, el gaitero de Lérez, en su misma familia, se e

candalizaba alguien de tales gaiterías, y condenaba su exhibición en el teatro, como mancha para el honor burgués... ¡Singular idea, por cierto, del honor, y que demuestra cuánto las opiniones pueden variar, y cómo todo es ceremonial y subjetivo! No tengo yo por qué sorprenderme de este caso, pues hubo entre mis parientes gente de alto copete, que pensó verme descender en la escala social bastantes grados porque escribía libros y esos libros corrían entre el público. ¡Qué demontre, una señora como yo, meterse en tales andanzas! El borrón de tinta borrón es.

Afortunadamente para la música popular, no es Feijóo hombre que se desanime, y está poseído de su idea hasta un grado tal, que ni la edad le ha traído la fatiga, ni ha interrumpido jamás su caza de melodías—verdadera caza, como luego se verá—. Bien es verdad que por Feijóo resbalan los años, sin quitar ni la agilidad a su cuerpo, ni la precisión a su memoria, ni el buen humor a su espíritu, todo empapado de ideal. El infatigable colector sigue coleccionando, rebuscando rústicas flores y conchas, cada día más prendado del alma popular, que se revela y expresa en el raudal de los cantares, tan claramente como se reflejan los castillos ruinosos en las aguas legendarias del Rin.

Sin duda los temas musicales gallegos circulaban ya por el mundo, y eran aprovechados por compositores con independencia de la obra de Feijóo. Pero ésta tiene otro carácter. Los compositores se van tras un bonito motivo, lo glosan, lo bordan, a veces lo desfiguran, quitándole su sello propio, con tal de adaptarlo al gusto del público, o al convencionalismo de un asunto o un argumento. Así, verbigracia, teniendo sin duda muchos temas musicales gallegos un fondo de melancolía, los compositores profesionales han exagerado la nota, y convertido en fúnebre lo que sólo era saudoso, y en llanto a mares lo que no pasaba de suspiro. Contra esta desnaturalización protesta Feijóo. Hijo de una provincia de cielo más bien alegre, donde la gente es animada y dispuesta a divertirse, Feijóo se ríe de esas canciones tan afligidas, de esos aires lentos, salmodias más bien que canciones. No está en ellas el alma gallega, o por lo menos, está en la melodía original y no en el comentario. La música recogida por don Perfecto es la natural, podemos decir; según cantan los aldeanos, transcribe Feijóo. Con religioso respeto y transporte amoroso, colecciona los motivos ignorados, reconditos, que nadie consideraba materia de arte, ni elemento de belleza, ni documento psicológico. Porque en esa música difusa está la esencia, lo íntimo de un pueblo, diversificado en sus regiones, pues hay varias Galicias, como hay varias Españas, aunque tengan estrechas afinidades que descubren la identidad de los orígenes. Y Feijóo ha comprobado esas diversidades, y con su experto oído, sabe distinguir, por ejemplo, entre infinitos *alalás*, todos muy semejantes para el profano, cuáles pertenecen a la montaña y cuáles a la ribera, como hemos llegado ya, los que, sin embargo, no entendemos mucho del asunto, a conocer y diferenciar las *muñeiras* de las Mariñas de las del Avia.

Metido en el empeño, Feijóo, como dejo dicho, gastó tiempo y dinero sin tasa. Los que le conocemos, sabemos que si ganaba como gaitero fama y nombre, como boticario perdía «las perras», seguras en aquel lícito comercio. Si hubiese apuntado los gastos de su recolección, se asustaría el mismo de la cifra a que ascienden. Alguna de esas melodías representa un viaje, a lomos de rocín, por montañas bravas; otra, un préstamo de bastantes pesos duros a un truhán, cuya moza sabía un cantar de molino precioso; porque el aldeano, desconfiado y cazarro siempre, no entrega de buenas a primeras lo que se le pide. Aquel señor que anda tras la música..., ¿estará loco? Loco o no, ¡que suelte los cuartos! Para sorprender las canciones Feijóo se mezcla con la gente labriega, bromea con los rapaces y los petrucios, echa chicleos a las rapazas, y el día de la feria o de la romería, se lleva a toda esa tropa a la taberna, convidando a una buena cazuela de bacalao con patatas, a brona y sardinas asadas, a un pichel del villino de la tierra, a una *cunca* de pote de berzas y cerdo, y cuando los ve, jocundos de la comida y la bebida, y se arma la algarazara, y empiezan los dicharachos y los retos, Feijóo, hábilmente, trae la conversación al terreno del canto, y, hace que suenen los panderos, y mejor si hay un ciego chilindronero, que con su zanfona acompaña la picaresca de sus coplas enronquecidas. Cien veces lo que se oye son cosas conocidas ya; pero una, allí está lo inédito, lo que cuenta miles de años y nadie había recogido aún. Buceando en el mar inmenso del sentimiento popular, ha pescado tal vez D. Perfecto una perla preciosa, como la «cantiga de Ulla» que es, en mi concepto, de lo más bello, delicado y

hondo que existe en parte alguna. Sólo esta cantiga bastaría para justificar la fama de los aires gallegos.

Y realmente es un océano el canto popular de Galicia. Lo que por allí corre y se aplaude no da sino leve idea de la riqueza total, y que en gran parte (pero seguramente no por entero), ha recogido Feijóo, con ayuda de su errante trabajo y de su gaita, su bella gaita antigua, que habla de cosas pasadas y misteriosas. Es increíble el número de variantes que existen sólo en la *muñeira*, el *alalá* y la *alborada*, las tres formas típicas de esta música, representando la alborada el saludo al sol que nace y besa los campos empapados del mañanero rocío, la *muñeira* la tarde con sus danzas y sus alegrías de amor bajo los sotos de castaños, y el *alalá* la despedida a la luz, la nostalgia del día y de la vida, esa dolorosa queja ancestral, que tal vez fué el plañido sobre el muerto cuerpo de un héroe joven, de algún caudillo, esperanza de la raza.

Pero, al lado de estas formas clásicas, por decirlo así, del canto en Galicia, nadie pudiera adivinar el sinnúmero de temas musicales que flotan, entre la masa popular. Hay un espíritu especial en la raza, que adapta y transforma hasta las viles cancamurias de las zarzuelas, y las *agallega*, metiéndolas en su molde. Por todas partes, en Galicia, se canta, y ningún cantar es igual a otro, aunque se parezcan. Feijóo no perdió ripio: mezclándose con los labriegos, como los nihilistas rusos, aunque con otros fines, frecuentó a los arrieros, cuyas tonadas son encantadoras, y parecen decir los azares del largo camino y la viril resistencia a las fatigas; a los ciegos, a quienes imita del modo más adecuado, con su zanfona vieja, embalsamada por las yerbas de San Juan y sabrosa de villancicos; a las mociñas que van al molino sobre el asnillo, entre dos sacos de grano; a los curas de aldea y a los sochantres, que cantan misas con extraordinario sabor, tan del país como las espadañas que alfombran las iglesias y el saúco que las florece; a los marineros y pescadores, que también tienen sus cantares peculiarísimos; a las embotelladoras de Mondariz, que cantan como el agua del arroyo; y así se empapó de Galicia, donde la naturaleza, más que plástica, es musical, y está llena de lirismo.

Hay que oír a D. Perfecto referir sus odiseas para capturar una nueva tonada, su paciencia heroica ante las divagaciones maliciosas de uno que no quiere entregar el secreto, o las zalamerías y fingidos desdenes de la aldeana que cree que se trata de algo distinto de una canción de pandero. Si D. Perfecto hubiese escrito estas historias, tal como pasaron, haría un curioso libro de costumbres, pintura exacta de la gente humilde, de sus tretas de sus marrullerías. La desesperación de Feijóo no han sido esos trabajos, que voluntariamente se impuso, encontrando en ellos el goce del cazador y la maniática felicidad del coleccionista apasionado. Lo que no puede tolerar es que, al presentarse en un teatro con el coro que formó y que canta en el verdadero tono aldeano (cosa no tan fácil de conseguir como a primera vista parece, pues hay quien piensa que debe italianizar la música gallega), le rodee una decoración de salón Luis XV, o de cabaña indeterminada, que igual puede ser suiza que francesa. Necesita Feijóo, para olvidar lo convencional del teatro, que le pinten con arte una casita gallega, un *curro*, en el fondo del pajar, a un lado el hórreo, a otro el carro cara arriba, ese carro de compactas ruedas, de eje gemidor, musical también; que le compongan, en suma, un fondo en el cual haya el sentimiento de la tierra, ya que no puede haber la realidad de la naturaleza maga, ni su olor agreste, ni sus ruidos dulces. Porque si el coro de Pontevedra ha de dar su intensidad máxima de sugestión, debe ser oído al aire libre, como le oyeron los madrileños asombrados, al agolparse a los costados de la gallarda *trainera*, que los hizo aclamar a Galicia, a su alma vibrante de sentimentalismo que se desborda en el canto y en la música.

Yo confío en que el gaitero del Lérez, si realiza realmente su excursión, ha de cosechar aplausos en Barcelona. Una región tan penetrada de sí misma como Cataluña, tan aficionada a la música no podrá menos de saborear y entender esa manifestación puramente regional, sin aleaciones de arte ya docto. Deseo que el entusiasmo de Madrid ante la *trainera* se reproduzca en Barcelona, más conscientemente. Lo único que a mi entender falta a los coros de Pontevedra, es el elemento femenino... Pero, ¿cómo llevar mujeres? Hay aquí señoritas (y yo acabo de oír a dos, las de Lezón, que eran dos ruiseñores) que dominan las tonadas gallegas. Pero no veo medio de «contratarlas». Ahí fracasaría la reconocida diplomacia de Feijóo...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.